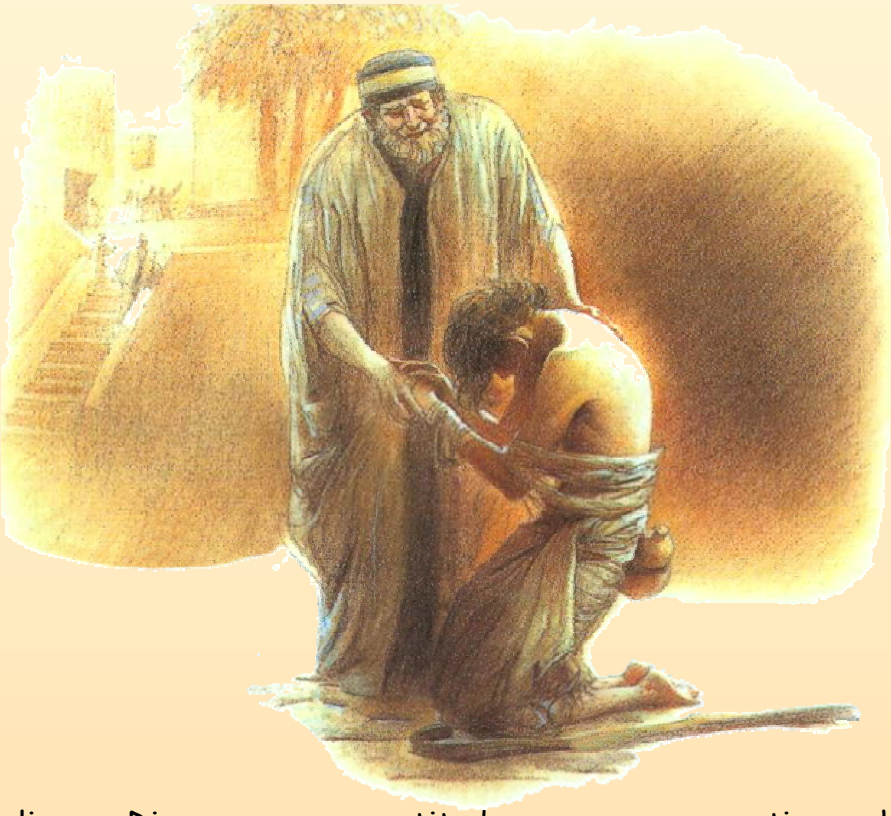
24º Domingo del Tiempo Ordinario



La liturgia de este domingo centra nuestra reflexión en la lógica del amor de Dios.

Sugiere que Dios ama al hombre, infinita e incondicionalmente; y que ni siquiera el pecado nos aparta de ese amor.

La primera lectura nos presenta la actitud misericordiosa de Yahvé frente a la infidelidad del Pueblo.

En este episodio, situado en el Sinaí, en el espacio geográfico de la alianza, Dios asume una actitud que se va a repetir muchas veces a lo largo de la historia de la salvación: deja que el amor se superponga a la voluntad de castigar al pecador.

En la segunda lectura, Pablo recuerda algo que nunca deja de asombrar: el amor de Dios manifestado en Jesucristo. Ese amor se derrama incondicionalmente sobre los pecadores, les transforma y les convierte en personas nuevas. Pablo es un ejemplo concreto de esa lógica de Dios; por eso, no dejará nunca de testimoniar el amor de Dios y de darle gracias.

El Evangelio nos presenta al Dios que ama a todos los hombres y que, de forma especial, se preocupa por los pecadores, por los excluidos, por los marginados.

La parábola del "hijo pródigo", en especial, presenta a Dios como a un padre que espera ansiosamente el regreso del hijo rebelde, que lo abraza cuando le avista, que le hace volver a entrar en su casa y que ofrece una gran fiesta para celebrar el reencuentro.

PRIMERA LECTURA

El Señor se arrepintió de la amenaza que había pronunciado

Lectura del libro del Éxodo
32, 7-11.13-14

En aquellos días, el Señor dijo a Moisés:

— «Anda, baja del monte, que se ha pervertido tu pueblo,
el que tú sacaste de Egipto.
Pronto se han desviado del camino que yo les había señalado.
Se han hecho un novillo de metal, se postran ante él,
le ofrecen sacrificios y proclaman:
"Éste es tu Dios, Israel, el que te sacó de Egipto."»

Y el Señor añadió a Moisés:
— «Veo que este pueblo es un pueblo de dura cerviz.
Por eso, déjame: mi ira se va a encender contra ellos hasta consumirlos.
Y de ti haré un gran pueblo.»

Entonces Moisés suplicó al Señor, su Dios:

— «¿Por qué, Señor, se va a encender tu ira contra tu pueblo,
que tú sacaste de Egipto con gran poder y mano robusta?
Acuérdate de tus siervos, Abrahán, Isaac e Israel,
a quienes juraste por ti mismo, diciendo:
"Multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo,
y toda esta tierra de que he hablado se la daré a vuestra descendencia
para que la posea por siempre."»

Y el Señor se arrepintió de la amenaza que había pronunciado contra su pueblo.

Palabra de Dios.

1.1. Ambientación

El texto que se nos presenta está formando parte de la segunda parte del Libro del Éxodo; ahí, se presentan las tradiciones que se refieren al pacto de amor y de comunión que Israel aceptó establecer con Yahvé. Son las "tradiciones sobre la alianza" (Cf. Ex 19-40).

El texto nos sitúa frente a un monte, en el desierto del Sinaí. En sí, el nombre "Sinaí" designa una enorme península en forma triangular, con más o menos 420 Km. de longitud norte-sur, que se sitúa entre el golfo de Suez, el Mediterráneo y el golfo de Áqaba, en el mar Rojo. La península entera es un desierto árido, con vegetación escasa (excepto en algunos raros oasis), sembrada de montañas que llegan a tener 2.400 metros de altitud.

Las posibilidades de situar exactamente el "monte de la alianza" son escasas; sin embargo, una tradición cristiana del siglo IV identifica el "monte de la alianza" como el "Gebel Musa" ("monte de Moisés"), una montaña con 2.244 metros de altitud, situada al sur de la península sinaítica. Aunque la identificación del "monte de la alianza" con este lugar sea problemática, el "Gebel Musa" es, aún hoy, un lugar de peregrinación para judíos y cristianos.

Sea cual fuere el lugar de la alianza, el hecho es que el texto nos sitúa en frente de un "monte" no identificado de la península sinaítica, donde Israel celebró una alianza con su Dios. Después de que Moisés subiera al monte para recibir de Dios las tablas de la Ley (cf. Ex 31,18), el Pueblo, reunido en la base de la montaña espera a Moisés, construye un becerro de oro, infringiendo, de esa forma, las cláusulas de la alianza (cf. Ex 32, 1-6).

1.2. Mensaje

El tema fundamental que el texto nos propone gira alrededor de la respuesta de Dios al pecado del Pueblo.

La primera parte (vv. 7-10) describe el pecado del Pueblo y una primera reacción de Dios. Ante la ausencia de Moisés que estaba en el monte sagrado, el Pueblo construyó un becerro de oro. El becerro de oro no pretende ser un nuevo dios, sino una imagen de Yahvé ("este es tu Dios, Israel, que te hizo salir de la tierra de Egipto", v. 8); de cualquier forma, el Pueblo "se desvió del camino" que Dios le había ordenado, pues infringió el segundo mandamiento del Decálogo (según el cual, Israel no debía hacer imágenes de Yahvé; por un lado, el no representar a Dios permitía salvaguardar la transcendencia de Yahvé, ya que la "imagen" era una definición de Dios y Dios no puede ser definido por el hombre; por otro lado, la lucha contra los dioses y cultos paganos era imposible si no se prohibían también los símbolos e imágenes). La petición de Dios a Moisés ("déjame: mi ira se va a encender contra ellos hasta consumirlos. Y de ti haré un gran pueblo", v. 10) pude ser puesta en paralelo con la promesa a Abraham de Gn 12,2: Dios habla de comenzarlo todo de nuevo con Moisés, como hizo con Abraham.

En la segunda parte (vv. 11-14), se describe la intercesión de Moisés y la misericordia de Dios. El texto comienza con la referencia a Moisés que "suplicó al

Señor" (literalmente: "calmó el rostro de Dios", v. 11a). Las palabras de intercesión de Moisés (vv. 11b-13) no hacen referencia a los méritos del Pueblo, sino a la honra de Dios y a su fidelidad a las promesas asumidas para con el Pueblo en el ámbito de la alianza. La respuesta final de Dios (v. 14) pone de relieve su misericordia.

No son los méritos del Pueblo los que refrenan el castigo, sino que es el amor de Dios, su lealtad a los compromisos, su "justicia" (que es misericordia, ternura, bondad), los que acaban triunfando. El amor infinito de Dios por su Pueblo acaba siempre pesando más que su voluntad de castigar los desvíos e infidelidades del mismo.

1.3. Actualización

Para la reflexión del texto, considerad los siguientes elementos:

- Antes de nada, el texto subraya la lealtad de Dios para con su Pueblo, la "justicia" que marca la relación de Yahvé con Israel (entendida como fidelidad a los compromisos asumidos por Dios para con los hombres). Queda, aquí, claro que la esencia de Dios es ese amor gratuito que él derrama gratuitamente sobre los hombres, sea cual sea su pecado.
  Dios ama infinitamente, sea la que sea la respuesta del hombre; y ese amor nunca será desmentido. Es a la luz de esta perspectiva como debemos situarnos delante de Dios y comprender su relación con nosotros.

- El pecado de los israelitas (la construcción de una imagen desfigurada de Dios) nos lleva a cuestionar las imágenes que, a veces, construimos y transmitimos de Dios.
  El Dios en quien creemos y que testimoniamos, ¿quién es?
  ¿Es el Dios que se reveló como amor, bondad, misericordia, a lo largo de la historia de la salvación, o es un Dios vengativo y cruel, que no perdona las faltas de los hombres y que anda a la caza de cualquier comportamiento incorrecto para dejar caer sobre ellos su cólera y su crueldad?
  No olvidemos que testimoniar a un Dios vengativo, impositivo, sin corazón y sin misericordia, es fabricar una falsa imagen de Dios.

- Fijémonos en la actitud de Moisés ante la indignación de Dios: intercede por el Pueblo y no deja que la ambición personal se ponga por delante del interés de Israel (de acuerdo con el texto, Dios le propone: "déjame: mi ira se va a encender contra ellos hasta consumirlos. Y de ti haré un gran pueblo", pero Moisés no acepta esta propuesta).
  ¿La actitud de Moisés es una actitud "fácil", a la luz de los criterios de humanos?
  ¿Cuántas veces los hombres son capaces de "vender su alma al diablo" para subir, para tener éxito, para llegar a presidir cualquier cosa?
  ¿Cuántas veces los hombres son capaces de sacrificar los valores más sagrados para ser conocidos, famosos, envidiados, o para adquirir una tajada más grande de poder y de influencia?

Salmo responsorial

Salmo 50, 3-4.12-13.17 y 19

V/. Me pondré en camino
adonde está mi padre. (Lc 15, 18)

R/. Me pondré en camino
adonde está mi padre.

V/. Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
lava del todo mi delito, limpia mi pecado.

R/. Me pondré en camino
adonde está mi padre.

V/. Oh Dios, crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme;
no me arrojes lejos de tu rostro,
no me quites tu santo espíritu.

R/. Me pondré en camino
adonde está mi padre.

V/. Señor, me abrirás los labios,
y mi boca proclamará tu alabanza.
Mi sacrificio es un espíritu quebrantado;
un corazón quebrantado y humillado,
tú no lo desprecias.

R/. Me pondré en camino
adonde está mi padre.

SEGUNDA LECTURA

Cristo vino para salvar a los pecadores

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a Timoteo
1, 12-17

Querido hermano:
Doy gracias a Cristo Jesús, nuestro Señor, que me hizo capaz,
se fió de mí y me confió este ministerio.
Eso que yo antes era un blasfemo, un perseguidor y un insolente.

Pero Dios tuvo compasión de mí,
porque yo no era creyente y no sabía lo que hacia.
El Señor derrochó su gracia en mí,
dándome la fe y el amor en Cristo Jesús.

Podéis fiaros y aceptar sin reserva lo que os digo:
que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores,
y yo soy el primero.
Y por eso se compadeció de mí:
para que en mí, el primero, mostrara Cristo Jesús toda su paciencia,
y pudiera ser modelo de todos los que creerán en él
y tendrán vida eterna.

Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, único Dios,
honor y gloria por los siglos de los siglos.
Amén.

Palabra de Dios.

2.1. Ambientación

El Timoteo aquí referido era natural de Listra (Licaónia), hijo de padre griego y de madre judeo-cristiana.

Aparece en el Libro de los Hechos de los Apóstoles como compañero inseparable de Pablo, a partir de su segundo viaje misionero. Pablo había confiado a Timoteo misiones importantes entre los tesalonicenses (cf. 1 Tes 3,2.6) y entre los corintios (cf. 1 Cor 4,1.17;16,10-11). Todavía muy joven Timoteo recibió de Pablo la responsabilidad pastoral de la Iglesias de la provincias de Asia (cf. 1 Tim 4,12). La tradición le considera como el primer obispo de Éfeso.

Esta carta se presenta como escrita por Pablo a Timoteo, cuando este está encargado de la animación de la Iglesia de Éfeso.

Contiene una serie de instrucciones que versan, fundamentalmente, sobre tres temas: la organización de la comunidad, la forma de combatir a los herejes y la vida cristiana de los fieles.

Conviene, sin embargo, señalar que la mayor parte de los comentaristas no consideran esta carta de autoría paulina; el lenguaje y la teología no parecen ser paulinas; y, sobre todo, la carta supone un modelo de organización eclesial que es de finales del siglo I (y Pablo murió en la persecución de Nerón, alrededor del año 66/67).

2.2. Mensaje

En el texto que se nos propone, Pablo recuerda, agradecido, la historia de su vocación. El apóstol afirma que recibió de Cristo su ministerio; y proclama que eso se debe, no a sus méritos, sino a la misericordia de Dios.

Pablo tiene conciencia de su pasado de perseguidor violento de la Iglesia de Cristo. Es verdad que Pablo actuó de esa forma por ignorancia; sin embargo, eso no le exime de culpa. A pesar de ese pasado, Dios, en su bondad, lo colmó con su gracia.

Pablo reconoce que Cristo "vino al mundo para salvar a los pecadores", entre los cuales Pablo se incluye. Por el ejemplo de Pablo, se muestra evidente la misericordia y la magnanimidad de Dios, que se derrama sobre todos los hombres, sean cuales fueren las faltas cometidas. A partir de este ejemplo, todos los hombres son invitados a tomar conciencia de la bondad de Dios y a responderle de la misma forma que Pablo: con la entrega de la vida y con el compromiso de ser testigo de ese proyecto de amor que Dios quiere presentar.

El profundo reconocimiento que Pablo siente ante la misericordia con que Dios le distinguió le lleva a realizar un cántico de alabanza que, en este texto, presenta contornos litúrgicos ("Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, único Dios, honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén", v. 17)

2.3. Actualización

En la reflexión y en el compartir, considerad los siguientes aspectos:

- Antes de nada, se nos invita a tomar conciencia del amor que Dios ofrece a todos los hombres sin excepción, sean cuales fueren sus faltas.
  Ese es el Dios que Pablo experimentó y testimonió; ¿es ese, también, el Dios que experimentamos y testimoniamos nosotros?

- Entre los cristianos existe, muchas veces, la convicción de que la "justicia de Dios" es la aplicación rigurosa de la ley; así, Dios trataría bien a los buenos, mientras que castigaría, natural y objetivamente, a los malos.
  La historia de Pablo, y la historia de tantas personas, a lo largo de los siglos, es un desmentido de esta lógica: el amor de Dios se derrama sobre todos los seres humanos, también sobre aquellos que tienen vidas pecaminosas. Buenos y malos, a todos ama Dios, sin excepción.
  ¿Y nosotros?
  ¿Somos hijos de este Dios y amamos a nuestros hermanos, sin distinciones?
  A veces se oyen, incluso entre los cristianos, expresiones de odio y de desprecio en relación con aquellos que cometen desacatos o que tienen comportamientos que reprobamos. ¿Cómo conciliar esas actitudes con el ejemplo de amor sin restricciones que Dios nos ofrece?

- Nuestro texto termina con un himno de alabanza al Dios que ama, sin excepciones.
  ¿Nos sentimos agradecidos a Dios por ese amor nunca defraudado, que se derrama sobre nosotros, sean las que sean las circunstancias?

Aleluya

Aleluya 2Co 5,19

Dios estaba en Cristo,
reconciliando al mundo consigo,
y a nosotros nos ha confiado
la palabra de la reconciliación.

EVANGELIO

Habrá alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta

✞ Lectura del santo evangelio según san Lucas 15, 1-32

En aquel tiempo, solían acercarse a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharle.
Y los fariseos y los escribas murmuraban entre ellos:
— «Ése acoge a los pecadores y come con ellos.»
Jesús les dijo esta parábola:
— «Si uno de vosotros tiene cien ovejas y se le pierde una, ¿no deja las noventa y nueve en el campo y va tras la descarriada, hasta que la encuentra?
Y, cuando la encuentra, se la carga sobre los hombros, muy contento;
y, al llegar a casa, reúne a los amigos y a los vecinos para decirles:
"¡Felicitadme!, he encontrado la oveja que se me había perdido."
Os digo que así también habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse.

Y si una mujer tiene diez monedas y se le pierde una, ¿no enciende una lámpara y barre la casa y busca con cuidado, hasta que la encuentra?
Y, cuando la encuentra, reúne a las amigas y a las vecinas para decirles:
"¡Felicitadme!, he encontrado la moneda que se me había perdido."
Os digo que la misma alegría habrá entre los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta.»

También les dijo:
—«Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre:
"Padre, dame la parte que me toca de la fortuna."
El padre les repartió los bienes.
No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente.
Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad.
Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer.

Recapacitando entonces, se dijo:

"Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros."

Se puso en camino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y, echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo.

Su hijo le dijo:

"Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo."

Pero el padre dijo a sus criados:

"Sacad en seguida el mejor traje y vestidlo; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado."

Y empezaron el banquete.

Su hijo mayor estaba en el campo.

Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y el baile, y llamando a uno de los mozos, le preguntó qué pasaba.

Éste le contestó:

"Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud."

Él se indignó y se negaba a entrar; pero su padre salió e intentaba persuadirlo.

Y él replicó a su padre:

"Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado."

El padre le dijo:

"Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado."»

Palabra del Señor.

3.1. Ambientación

En el "camino hacia Jerusalén" aparece, en un determinado momento, una catequesis sobre la misericordia de Dios. En efecto, todo el capítulo 15 de Lucas se encuentra ocupado con las llamadas "parábolas de la misericordia"

Se trata de un tema muy querido para Lucas. Para este evangelista, Jesús es el Dios que vino al encuentro de los hombres para ofrecerles, con gestos concretos, la salvación. Las parábolas de la misericordia expresan, de forma privilegiada, el amor de Dios que se derrama sobre los pecadores.

La parábola de la oveja perdida, la primera que el Evangelio de hoy nos propone, es común a Lucas y a Mateo (cf. Mt 18,12-14), incluso en Marcos aparecerá pero en un contexto diverso: se trata de materiales que provienen, probablemente, de la "fuente Q" (colección de "dichos" de Jesús, que Mateo y Lucas utilizaron en la composición de sus respectivos evangelios). Las parábolas de la dracma perdida y del hijo pródigo (las otras dos parábolas que completan este capítulo) son exclusivas de Lucas.

El discurso de Jesús presentado en Lc 15 es encuadrado, por el evangelista, en una situación concreta. Al ver que algunos infractores notorios de la moral pública (como los cobradores de impuestos) se aproximaban a Jesús y eran acogidos por él, los fariseos y los escribas (que no admitían ningún contacto con los pecadores y con los descreidos y hasta cambiaban de acera para no cruzarse con ellos) expresaron su sorpresa porque Jesús los acogía y (actitud inaudita!) se sentaba a la mesa con ellos (el sentarse a la mesa expresaba familiaridad, comunión de vida y de destino).

Esa es la crítica que va a producir como respuesta el discurso de Jesús sobre la actitud misericordiosa de Dios.

3.2. Mensaje

Las tres parábolas de la misericordia pretenden, por tanto, explicar el comportamiento que Jesús mantenía hacia los publicanos y hacia los pecadores. Definen la "lógica de Dios" en relación con esta cuestión.

La primera parábola (vv. 4-7) es la de la oveja perdida. Se trata de una parábola que, leída a la luz de la razón, es ilógica e incoherente, pues no es normal abandonar noventa y nueve ovejas por una sola; tampoco tiene sentido todo el alboroto creado por un hecho tan banal como es el de haber encontrado una oveja que se había perdido. En esas exageraciones y en esas reacciones desproporcionadas se revela, sin embargo, el mensaje esencial de la parábola. El "dejar las noventa y nueve ovejas para ir a buscar a la que estaba perdida" nos muestra la preocupación de Dios para con cada hombre que se aparta de la comunidad de la salvación; el "cargarla sobre los hombros" expresa el cuidado y la solicitud de Dios, que trata con miramiento y con amor a los

hijos que se apartan y que necesitan cuidados especiales; la alegría desproporcionada del pastor que encuentra a la oveja, muestra la alegría de Dios, siempre que encuentra a un hijo que se ha apartado de la comunión con él.

La segunda parábola (vv. 8-10) reafirma la enseñanza de la primera. El amor misericordioso y constante de Dios busca a aquel que se ha perdido y se alegra cuando lo encuentra. La imagen de la mujer preocupada, que barre la casa de arriba a abajo, ilustra la preocupación de Dios en encontrar a aquellos que se apartaron de la comunión con él. También aquí se da, como en la parábola anterior, la referencia a la alegría del reencuentro: esa alegría manifiesta la felicidad de Dios ante el pecador que vuelve.

La tercera parábola (vv. 11-32) presenta el cuadro de un padre (Dios), en cuyo corazón triunfa siempre el amor por el hijo, suceda lo que suceda. Continúa amando al hijo rebelde e ingrato, a pesar de su ausencia, de su orgullo y de su autosuficiencia; y ese amor acaba por revelarse de una manera emocionada al recibir al hijo, cuando él decide volver a la casa paterna.

Esta parábola presenta la lógica de Dios, que respeta absolutamente la libertad y las decisiones de sus hijos, aunque ellos utilicen esa libertad para buscar la felicidad por caminos equivocados; y, suceda lo que suceda, continúa amando, esperando ansiosamente el regreso del hijo, preparándose para acogerlo con alegría y amor.

Esa es la lógica que Jesús quiere proponer a los fariseos y escribas (los "hijos más mayores") que, en relación con los pecadores que habían abandonado la "casa del Padre", manifestaban una actitud de intolerancia y de exclusión.

Lo que está, por tanto, en juego en estas tres parábolas de la misericordia, es la justificación de la actitud de Jesús para con los pecadores. Jesús deja claro que su actitud se inserta en la lógica de Dios en su relación con los hijos alejados. Dios no les rechaza, no les margina, sino que les ama con amor de Padre. Se preocupa por ellos, va a su encuentro, se solidariza con ellos, establece con ellos lazos de familiaridad, les abraza emocionado, cuida de ellos con solicitud, se alegra y celebra una fiesta cuando ellos vuelven a la casa del Padre. Esta es la forma como Dios actúa en relación con sus hijos, sin excepción; y esa es la actitud de Dios que Jesús revela al acoger a los pecadores y al sentarse con ellos a la mesa. Por mucho que eso disguste a los fariseos, esa es la lógica de Dios; y todos los "hijos de Dios" deben acoger esta lógica y actuar de la misma forma.

3.3. Actualización

Considerad, en la reflexión, los siguientes puntos:

- Esencialmente, las parábolas de la misericordia nos revelan a un Dios que ama a todos sus hijos, sin excepción, pero que tiene "debilidad" por los marginados, por los excluidos, por los pecadores. Su amor no está condicionado: ama, a pesar del

pecado y del alejamiento del hijo. Ese amor se manifiesta en actitudes exageradas, desproporcionadas, de cuidado, de solicitud; se revela también en la "fiesta" que sucede a cada encuentro.
No es que Dios pacte con el pecado; Dios abomina el pecado, pero no deja de amar al pecador. A este Dios, "escandaloso" para aquellos que se consideran justos, perfectos, irreprensibles, pero fascinante y amoroso para todos aquellos que son conscientes de su fragilidad y de su pecado, es al que estamos invitados a descubrir.

- Si esa es la lógica de Dios en relación con los pecadores, esa misma lógica es la que debe orientar mi actitud frente a aquellos que me ofenden y, lo mismo, frente a aquellos que tienen vidas dudosas o moralmente reprobables.
  ¿Cómo acojo a aquellos que me ofenden, o que tienen comportamientos considerados reprobables: con intolerancia y fanatismo, o con respeto por su dignidad de personas?

- Frente al aumento de la criminalidad y de la violencia se crea, a veces, un clima social de histeria y radicalidad. Se exigen castigos más severos y los adeptos de soluciones definitivas llegan a hablar de la pena de muerte para ciertos crímenes. ¿Qué sentido tiene esto a la luz de la lógica de Dios?

- Ser testigo de la misericordia y del amor de Dios en el mundo no significa, no obstante, pactar con el pecado.
  El pecado, todo lo que genera odio, egoísmo, injusticia, opresión, mentira, sufrimiento, es malo y debe ser combatido y vencido.
  Distingamos claramente las cosas: Dios me invita a amar al pecador y a acogerle siempre como a un hermano; pero me invita también a luchar objetivamente contra el mal, todo mal, pues es una negación de ese amor de Dios del que yo debo ser testigo.

SUGERENCIAS PRÁCTICAS – 24º DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

1. La liturgia meditada a lo largo de la semana.

A lo largo de los días de la semana procurad meditar la Palabra de Dios de este domingo. Meditadla personalmente, una lectura cada día, por ejemplo. Elegid un día de la semana para la meditación comunitaria de la Palabra: en un grupo parroquial, en un grupo de padres, en un grupo eclesial, en una comunidad religiosa.

2. Desarrollo del rito penitencial.

El Evangelio de este domingo incide particularmente en la penitencia y en la conversión.
Esto podría ser subrayado en el rito penitencial, para a continuación cantar el "Gloria" para expresar la alegría de la conversión.

3. Oración en la lectio divina.

En la meditación de la Palabra de Dios (lectio divina), se puede prolongar el momento de la acogida de las lecturas con una oración.

Al terminar la primera lectura: D*ios de Israel, Dios de las promesas renovadas y de la Alianza fiel, a ti que guiaste a Moisés para que condujese a tu pueblo al salir de Egipto, te bendecimos por la paciencia y por el perdón que nos muestras siempre. Invocamos tu perdón por nuestras infidelidades para contigo, por olvidarnos de tus enseñanzas y por nuestras huidas del camino de la vida.*

Después de la segunda lectura: *Padre nuestro, honra y gloria a ti, Rey de los siglos, Dios único, invisible e inmortal, por los siglos de los siglos. Nosotros, pecadores, afirmamos nuestro agradecimiento por tu perdón, que nos ayuda a levantarnos todos los días. Te pedimos por nuestros hermanos abatidos por sus pecados y que dudan del perdón que Tú concedes a todos los que acuden a ti.*

Al finalizar el Evangelio: *Padre nuestro, a ti que acoges a los pecadores y que nos invitas a la mesa de tu Hijo, te bendecimos. Te alegraste por la oveja y por la moneda encontradas y por el regreso del hijo perdido. Te pedimos que, por tu Espíritu, inspires nuestras intenciones; danos el deseo de volver a ti; comparte con nosotros tu alegría por el regreso de tus hijos que se habían alejado.*

4. Plegaria Eucarística.

Se puede utilizar la Plegaria Eucarística I para la Reconciliación. Las oraciones que preceden a la consagración se refieren a los temas del Evangelio.

5. Palabra para el camino.

Compartir la alegría de nuestro Padre.
En el Evangelio de hoy, Lucas nos ofrece tres parábolas para hablarnos de la Misericordia de nuestro Padre Dios: la oveja perdida, la moneda perdida, el hijo pródigo.

Nuestro mayor deseo es el ser beneficiarios de este perdón lleno de amor de nuestro Padre.
Pero ¿no nos sucede, como al hijo mayor, que consideramos que algunos de nuestros hermanos no tienen perdón y, algunas veces, nos enfadamos si reciben sanciones que nos parecen demasiado clementes?

¿Vamos a negarnos a participar en la alegría de nuestro Padre, que se complace en conceder su gracia?